



Universitat
de les Illes Balears

TRABAJO DE FIN DE GRADO

LA RELIGIÓN Y ELENA EN *LA CASA DE ENFRENTA*

Àngela Cruz Planells

Grado de Lengua y Literatura Españolas

Facultad de Filosofía y Letras

Año Académico 2021-22

LA RELIGIÓN Y ELENA EN *LA CASA DE ENFRENTÉ*

Àngela Cruz Planells

Trabajo de Fin de Grado

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de las Illes Balears

Año Académico 2021-22

Palabras clave del trabajo:

Religión, amor, incomprensión

Nombre Tutor/Tutora del Trabajo: José Servera Baño

Nombre Tutor/Tutora (si procede)

Se autoriza la Universidad a incluir este trabajo en el Repositorio Institucional para su consulta en acceso abierto y difusión en línea, con fines exclusivamente académicos y de investigación

Autor		Tutor	
Sí	No	Sí	No
<input checked="" type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

RESUMEN

El presente trabajo se centrará en la psicología de la protagonista de la novela *La casa de enfrente* (1936) de Ernestina de Champourcin atendiendo a la relación que establece con la religión y con todo lo que ella supone. Además de cómo esta influirá en el mismo personaje y cómo lo proyectará en sus relaciones en la vida adulta, incluyendo a la familia, las amistades y los intereses amorosos. Posteriormente, se tratará de plantear una relación de Ernestina tanto con la protagonista como con la religión planteada en la obra teniendo en cuenta la vida de la autora.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	5
2. AUTORA	5
3. OBRA.....	6
4. <i>LA CASA DE ENFRENTA</i>	8
5. PSICOLOGÍA DE LA PROTAGONISTA.....	10
5.1. Infancia en “La cabellera del sol”	10
5.2. Colegio en “María de Magdala”.....	12
5.3. Diario en “El cuaderno gris”	15
6. RELIGIÓN	18
6.1. Influencia en la protagonista	18
6.2. Proyección en sus relaciones interpersonales	24
6.2.1. Amistad.....	24
6.2.2. Amor.....	25
7. RELACIÓN CON LA AUTORA.....	27
7.1. Con la protagonista.....	27
7.2. Con la religión.....	28
8. CONCLUSIONES	28

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene como objetivo establecer de manera clara el papel y la influencia de la religión en Elena, el personaje principal de la novela *La casa de enfrente*. Dicha obra es la única prosa, junto con dos capítulos de la novela inacabada *Mientras allí se muere* y la recientemente descubierta *María de Magdala*, escrita por Ernestina de Champourcin, una de las autoras más destacadas de la Edad de Plata española.

Más concretamente, se centrará en el peso que tiene la religión atendiendo al comportamiento de la protagonista y a su relación con las personas que la rodean en las diferentes partes de la obra – “La cabellera del sol”, “María de Magdala” y “El cuaderno gris” –, ya sean familiares, amigos o intereses amorosos. Además, se tendrá en cuenta el peso de la religión en la obra de Champourcin en relación con sus experiencias vitales.

2. AUTORA

En el presente trabajo nos centraremos en la vida de la autora hasta antes del estallido de la Guerra Civil, ya que la obra en la que nos basamos se publica dos meses antes del inicio del conflicto bélico de 1936. Por tanto, los aspectos de su vida posteriores a este suceso no son realmente relevantes dentro de las cuestiones que se desarrollarán más adelante.

Ernestina Michels de Champourcin y Morán de Loredó es una autora de origen aristocrático nacida en Vitoria en 1905 en el seno de una familia católica y tradicionalista. La autora regresó junto con su familia varias veces a su pueblo natal, principalmente para el nacimiento de sus hermanos, pero no se establecieron en el lugar.

Cuando era muy joven, su familia se trasladó a Madrid y estuvo estudiando en un colegio religioso. Siguió su vida académica examinándose por libre de bachiller en el instituto Cardenal Cisneros. Eso le da una formación superior a la que se daba a las mujeres de su tiempo, aunque cabe decir que fue por impulso e influencia del padre de la autora. Más adelante, quiso ir también a la universidad, pero resultó algo imposible, porque en aquellos tiempos la costumbre era que una mujer mayor acompañase a las jóvenes a las clases universitarias y nos encontramos con que Ernestina no quiso plegarse a esa costumbre.

Al margen de este hecho, se integró en la sociedad madrileña como una de las *modernas* de Madrid, ya que fue una joven integrada en el Lyceum Club, una de las instituciones feministas principales de aquellos años. En la misma ciudad empezó a

entablar amistades con diversas figuras importantes dentro de la cultura de la época. Sí es cierto que debemos destacar por encima del resto de amistades la que establece con Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí. De hecho, es considerada la discípula del escritor y crítico.

También es ciertamente destacable el hecho de que, como ya se ha mencionado anteriormente, la autora proviene de una familia tradicional y religiosa y, por tanto, los valores que se le inculcan son los propios del catolicismo y del tradicionalismo político y católico. Es de extrañar, por tal razón, que tanto en su madurez como en su obra se vea el carácter liberal, progresista y feminista que encontramos en ambos. Como dice Esteban Cerezo (2021: 195): “partiendo de un núcleo familiar monárquico y conservador, comulgará con ideas sociales progresistas y suspirará por los ideales republicanos”.

Debemos comentar, además, que la autora en ningún momento se declara feminista, aunque el término es ciertamente reciente, pero sabemos que es debido al hecho de que la expresión está plagada de connotaciones negativas en ese instante. Por tanto, no es una completa contradicción la que encontramos en la vida y obra de Ernestina de Champourcin, ya que es una mujer dentro de su tiempo y, por tanto, hablamos de liberación en cuanto a la figura femenina, pero también de los años veinte y treinta en España. Es decir, que la situamos en un punto de completa transición dentro de las ideas de la sociedad.

La misma cuestión se repite cuando planteamos el tema de la religión, ya que sabemos que está presente en toda su obra debido a cuestiones relacionadas con su vida, pero en su obra anterior a la Guerra Civil nos encontramos con aspectos que hasta se burlan del tema, como podremos ver en *La casa de enfrente*. Se puede achacar a cierta inmadurez religiosa, ya que más adelante se verá una actitud completamente distinta. Este apartado se desarrollará en profundidad en relación con la obra tratada en el punto 6.2.

3. OBRA

La obra de Ernestina de Champourcin se divide mayormente en dos etapas: la anterior y la posterior a la Guerra Civil o la anterior y la posterior al exilio. También debemos destacar que la gran mayoría de su obra es poética. Podemos destacar algunos poemarios como *Cántico inútil* (1936), perteneciente a su primera etapa, y seguidamente *Primer exilio* (1978) y *La pared transparente* (1984), que tratan de su exilio en México una vez regresa a España. Por el contrario, el objeto del presente trabajo, es decir, *La casa de enfrente* es prácticamente su único legado en prosa. Sí es cierto que podemos encontrar

dos capítulos de una novela inacabada titulada *Mientras allí se muere* y otra novela titulada *María de Magdala*, que ha sido recientemente rescatada.

Esta última es especialmente destacable, ya que, en *La casa de enfrente*, como ya hemos mencionado anteriormente, vemos que el nombre que corresponde a la segunda parte de la obra coincide con el título de la novela recientemente publicada. Por tanto, podemos establecer una relación entre las dos obras, ya que hay autores, como Roberta Quance, que consideran que *La casa de enfrente* es un precedente de *María de Magdala* y que esta última es una evolución de la primera en lo referente a técnicas narrativas y al tratamiento de la religión. Es decir, en *La casa de enfrente* vemos un tratamiento que roza lo burlesco, como ya hemos mencionado y en *María de Magdala*, en cambio, es un tratamiento mucho más serio. Cabe destacar que la primera se corresponde con su primera etapa y la segunda con su segunda etapa, una vez exiliada. Es más, el manuscrito se encuentra en México. Por tanto, la actitud de la autora frente al tema tratado es completamente diferente. En relación a esta cuestión, Quance (2015: 160) comenta: “Hoy por hoy resulta casi imposible no advertir que entre el 36 y el 43 se debió haber producido un cambio muy hondo en cómo Champourcin contemplaba su formación religiosa, porque la primera novela destilaba ironía y esta no”. Seguidamente, también incide en el tema de la siguiente manera:

Por eso no parece descabellado creer que esta novela, de signo tan distinto a la otra, que ironizaba sobre las prácticas religiosas inculcadas en las alumnas del convento —sus mortificaciones y sus desmayos—, marque un punto de inflexión en la trayectoria de la autora. (2015: 161)

Debemos añadir que la misma autora opina que *La casa de enfrente* es un error del pasado y de la juventud y, por tanto, no se le ha dado la importancia que merecía. Además, se considera una obra inmadura. Debido a este hecho, las obras posteriores se tienen más en cuenta y se habla de una evolución. Es importante destacar que, al ser reconocida sobre todo como poeta, su prosa ha quedado apartada y ha sido ignorada por el público, las editoriales y la crítica.

Debemos destacar, sin embargo, que, en su etapa en el exilio, su mayor labor se encuentra en la traducción. Es decir, se la conoce más como traductora que como escritora. No obstante, en el presente trabajo nos centraremos en su obra literaria y, más concretamente, la narrativa.

4. LA CASA DE ENFRENTE

En el presente punto haremos una breve introducción de la obra tratada, ya que será esencial para poder desarrollar el verdadero tema del trabajo, que incluye la psicología de la protagonista y su relación con la religión. Es una cuestión que veremos y desarrollaremos más adelante.

La novela, publicada en 1936, nos cuenta la historia de Elena a través de diferentes etapas de su vida. Más concretamente, vemos la infancia, la adolescencia y la juventud de Elena desarrolladas en las tres partes que componen la obra. Primeramente, abordaremos “La cabellera del sol”, que se corresponde con la infancia de la protagonista. En segundo lugar, “María de Magdala”, que concierne a su adolescencia y, además, es la etapa de mayor desarrollo del personaje principal. Finalmente, vemos “El cuaderno gris”, que, en forma de diario, nos muestra parte de la juventud de Elena.

En primer lugar, en “La cabellera del sol” Champourcin nos narra la vida de Elena en sus primeros años de vida. Entre otras cosas, su vida en casa, la relación que establece con sus padres y con los invitados de los mismos, sus primeras institutrices, sus primeras lecturas y cómo sus padres la tienen consentida. Este consentimiento se debe a que la familia de Elena es de clase media-alta, pero por este mismo motivo la protagonista se ve marcada estrictamente por las normas que dictaban los principios morales de la época.

En segundo lugar, en “María de Magdala” se nos cuenta cómo la protagonista ingresa en un internado dirigido por monjas, donde vemos cómo Elena se relaciona con las monjas, con las alumnas mayores y con sus compañeras. Concretamente, se nos mostrará una especial relación que establece con Alicia, una de las niñas presentes en su curso. En el mismo convento, el personaje principal pasa gran parte de su adolescencia y, por tanto, vemos una evolución que desarrollaremos en el punto 5.2.

En tercer y último lugar vemos cómo en “El cuaderno gris” cambia el formato de narración y ya no sigue el estilo marcado de novela, sino que se pasa a narrar la historia desde un punto de vista personal, es decir, es la propia Elena la que nos narra, en forma de diario, lo que está pasando en cada momento o, mejor dicho, día a día. Aunque toda la novela se da en primera persona, las dos primeras partes se dan de forma continua, ya que nos está narrando algo del pasado y, por tanto, puede contarlos sin interrupciones en el tiempo. En cambio, la última parte, al ser un diario, tiene interrupciones en el tiempo, pero sí es cierto que los detalles son minuciosos y cuantiosos.

A mi parecer, esta última parte se puede llegar a subdividir en tres partes. En la primera, podemos ver la manera en la que Elena lleva su vida adulta. En este punto, la

protagonista ya ha salido del convento en el que tuvo lugar su educación y establece ciertas amistades en la ciudad. También conoce a Arturo, un personaje muy importante tanto en la historia como en la vida de Elena. Se establece una relación ciertamente peculiar, cuestión que desarrollaremos más adelante, en el punto 5.3. La segunda parte está formada por la estancia de Elena con su familia en Los Fresnos, donde pasa las vacaciones de verano. Allí se cartea constantemente con Arturo, llegando a recibir algunas visitas del muchacho y reforzando la relación. Por último, la tercera parte se daría en el momento en el que la protagonista vuelve de sus vacaciones y ve claramente un distanciamiento con Arturo, que deja de prestarle atención. Esto traerá ciertas consecuencias y acabará con la marcha de Arturo a París y la consecuente tristeza de Elena.

Debemos comentar la presencia de ciertos fragmentos en los que no se habla de ninguno de los periodos de la vida de Elena, sino que nos sitúan en su presente, desde donde escribe. Estos son muy importantes, ya que son los que le dan sentido al título de la novela. Es decir, en los fragmentos mencionados nos habla Elena desde su propia casa y hace referencias constantes a la familia que vive en la casa de enfrente. Sobre todo, incide en la hija de la pareja que vive allí, Ana María, y en cómo se relaciona con sus padres. Esta cuestión podría relacionarse con el hecho de que la protagonista ve en ellos todo lo que no pudo ser su infancia, ya que sus padres eran ciertamente distantes. Como también puede ver la vida que no concibe tener en un futuro. Como nos dice la misma protagonista:

¡La casa de enfrente! Cuatro palabras que son la esencia de mi vida. He puesto siempre todos mis fervores, toda mi ternura, fuera de mí, en una meta próxima, pero casi inasible. ¡Cuántas veces me he acercado a la casa de enfrente con las manos abiertas en un colmo de amor y de deseo! Pero, a poco de llegar, anochecía y se cerraban los balcones, dejándome en la calle a merced del frío y las tinieblas. Ante mi afán sin límites alzaban su inercia cortinas y muros, puertas o cristales. (2013: 33).

Más adelante se volverá a incidir en la cuestión de la casa de enfrente y lo que pasa en ella, pero más allá de eso también se nos habla de la protagonista en ese momento y vemos cómo le habla a un receptor, del cual podremos incidir que se corresponde con Arturo, aunque en ningún momento se especifica su identidad.

A partir de estos fragmentos, vemos que todo lo narrado sucede en una misma habitación, desde donde Elena escribe todo el relato. Además, la única relación que

establece con el exterior es la que vemos en el momento en el que describe lo que ve y oye a través de su ventana. No vemos nada más allá, ya que la protagonista no nos ofrece una visión más alejada. Sí que es cierto que vemos más allá en lo que se refiere al interior de ella, ya que observamos que, como ya hemos dicho anteriormente, no concibe un futuro y se refugia mayormente en los recuerdos del pasado, a partir de los cuales se da cuenta de que nunca ha vivido para ella, siempre para los demás: sus padres, Dios, Arturo, etc. y, a partir de esa idea, desarrolla el concepto de “la casa de enfrente”, desde el que se desarrolla esta novela.

5. PSICOLOGÍA DE LA PROTAGONISTA

En el presente punto se tratará una de las principales cuestiones del trabajo: la psicología de la protagonista, Elena, y los motivos que la han llevado a ser y a comportarse de determinada manera. El punto se dividirá en las mismas partes en las que se divide la novela debido a que son tres etapas distintas en la vida del personaje principal.

5.1. Infancia en “La cabellera del sol”

Desde un principio, Champourcin nos plantea a una protagonista de carácter difícil e incomprendido. Elena es una niña totalmente incomprendida, tanto por los adultos como por los niños. Por una parte, tenemos a los adultos, que como consideran a los niños seres que no pueden pensar mucho por sí mismos, no tienen en cuenta nada de lo que les puedan decir. Por otra parte, tenemos a los niños, gente de la edad de la protagonista, con los que esta misma puede llegar a compartir actividades con ellos, pero de los que se cansa rápidamente. Por tanto, Elena no quiere estar con los que se supone que son sus amigos y, en consecuencia, se encuentra sola, siente una profunda soledad, tanto física como existencial. Aunque le guste esa soledad, esta cuestión le produce una tristeza muy grande, que no sabe explicar, pero que los adultos tampoco saben entender. Por tanto, vemos, por una parte, la gran madurez mental de la protagonista y, por una parte, una gran crítica a los adultos, sobre todo a los padres, que no quieren entender a sus hijos, ya que infravaloran lo que puedan llegar a sentir. Es algo que podemos ver claro y que Elena nos comenta explícitamente:

Sola y a oscuras, lloraba un rato, disfrutando del silencio con íntimo deleite. Me encantaba sentirme sola, aunque esto me pusiera triste. Aislándome instintivamente buscaba, sin duda, ese cosquilleo melancólico que anuda la garganta y humedece las pupilas haciéndonos llorar por un dolor vago, sin contenido. En esos momentos miraba en derredor y solo veía soledad, gente ajena

a mí, absorta en mil cuidados que yo no compartía. ¡Si alguien me hubiese ayudado a explicar mi tristeza! Pero nadie se cree en el deber de acercarse a los niños, de forzar esa muralla pueril que, a pesar suyo, les separa de las personas mayores. Según ellas, cuando un niño llora le duele algo, tiene una indigestión o es sencillamente un cascarrabias (2013: 42).

Debemos incidir también en el desarrollo temprano de la sexualidad en Elena, aunque se puede llegar a relacionar con simple curiosidad. Es algo que vemos sobre todo el momento en el que nos narra las vacaciones familiares, ya que se fija, por una parte, en su bañero, de manera que tiene una fascinación por él y, por otra parte, en una pareja que fue la comidilla de todos durante un tiempo. Estas cuestiones se plantean de manera superficial, ya que al ser una niña no se da la total comprensión de lo que está y le está pasando.

En esta misma línea, la protagonista nos cuenta cómo se enamora de dos personas a la vez, un hombre y una mujer: Gastón Phoebus, del que ve una estatua y queda totalmente prendada, llegándose a obsesionar, y de una mujer a la que denomina “la húngara”. Sobre este tema nos dice de manera literal: “Gastón Phoebus y la húngara ocuparon mi corazón simultáneamente.” (2013: 54). Cabe añadir que, pese a que habla de amor, se fija en la húngara por su “pelo negro recogido en trenzas alrededor de la frente [...]. Llevaba un vestido de gasa blanca, muy escotado, y un gran sombrero, también blanco [...]. La admiración me quitó el apetito; veo todavía la pechuga de pollo que iba a empezar y que dejé casi intacta” (2013: 54). Por tanto, vemos en Elena un deseo que va algo más allá de la mera admiración.

Otra cuestión que se comenta en esta primera parte y que nos muestra otro lado de la personalidad de Elena es la relación que establece esta con sus diferentes institutrices. Esto es, vemos cómo la mayor parte de las que se presentan no conectan con la niña y eso hace que la misma Elena tenga un comportamiento horrible con ellas. De manera que deciden no continuar con su labor y se marchan del hogar. Sin embargo, más adelante, se nos habla de una institutriz, mademoiselle Annie, que la pone a raya, es decir, que es estricta con ella y, por lo que la misma protagonista nos cuenta, vemos que es lo que necesitaba para comportarse debidamente, necesitaba a alguien con carácter, ya que ella misma es un personaje con carácter. Lo vemos en: “Nadie sabía manejarme. Me dieron fama de rebelde, cuando hubiera cedido encantada a una voluntad firme y comprensiva capaz de dominarme sin que yo lo sintiese.” (2013: 66)

A partir de su instrucción, Elena se vuelve una niña responsable con sus estudios y su aprendizaje y, en consecuencia, los adultos empiezan a ver en ella una niña muy inteligente, casi un prodigio. La protagonista considera que eso es algo que ellos ven y solo se debe a que la han hecho aparentar ser de determinado modo. Es decir, opina que ella se limita a aprender y recitar ante las visitas. Ante los elogios de dichos visitantes, junto con los de sus padres, entra en un estado de ensoñación idílico que se repetirá varias veces en su instrucción, tanto en casa como en el convento. Es como si alcanzara un placer máximo ante las buenas palabras de los demás. Puede parecer que esta cuestión choca con el placer que Elena también encuentra en la soledad, pero en la idea planteada vemos que solo lo acepta por la atención prestada.

En cambio, cuando la protagonista empieza a hacer muecas por diversión que acaban descontrolándose y convirtiéndose en un tic nervioso, la misma gente que la elogiaba ahora la critica, creando inseguridades en Elena, que la acompañarán durante el resto de su vida. Es un aspecto que veremos sobre todo en la segunda parte de la obra, pero que tiene sus resabios en la tercera y última. Desde este momento, Elena deja de ser un icono entre los adultos y vuelve a su soledad. Es entonces cuando acabamos la primera parte, acabando la primera infancia de Elena, y empezamos la segunda, donde vemos el final de la infancia de la protagonista y el desarrollo de su adolescencia interna en un convento.

5.2. Colegio en “María de Magdala”

Este punto es el más importante en la vida de Elena, ya que es clave en el desarrollo de su personalidad y su psicología. Esto se debe a que se encuentra en la adolescencia y es un punto crucial en la vida de las personas. Por tanto, todo lo que experimenta en este periodo es de vital importancia para el futuro de la protagonista.

Es en el internado donde desarrolla gran parte de su personalidad y su psicología de cara a su vida como adulta. Allí se verá sometida a nuevas normas, mucho más estrictas y dirigidas a su educación tanto docente como religiosa. Esta última cuestión se desarrollará de manera que empezará repitiendo las oraciones y las lecciones impartidas por sus superiores y acabará siendo una de las alumnas más devotas del centro, llegando a autoimponerse castigos e incluso a autolesionarse.

Cuando entra, teniendo completamente interiorizada la forma de vida que había seguido hasta el momento en casa de sus padres, hay un choque con las nuevas y estrictas formas del convento. Sin embargo, se acostumbra asombrosamente rápido y llega un

punto en el que tener que volver a casa en los periodos vacacionales se vuelve un suplicio para la protagonista.

La vida dentro del convento es ciertamente fácil en algunos aspectos y más complicados en otros. Por una parte, el haber de seguir unos horarios, con ciertas asignaturas y, sobre todo, la cuestión de las oraciones, que debían aprenderse y recitarse, fue algo muy fácil para Elena. Esto se debe a que, como ya hemos comentado anteriormente, para Elena era muy fácil dejarse llevar por lo que debía hacer, se limitaba a repetir y no pensar en lo que realmente estaba haciendo.

Por otra parte, volvemos a incidir en el aspecto de la convivencia, ya que lo único que quiere es soledad y tranquilidad, donde solo existen ella y sus pensamientos. Solo hay una actividad en grupo en la que participa y parece estar verdaderamente interesada: el intercambio de estampas, donde nuestra protagonista llega a tenerlas todas, consiguiendo la fascinación de sus compañeras.

Dentro de esta cuestión, no obstante, se encuentra con el obstáculo que la perseguirá toda la vida: el tener que encajar dentro de una sociedad que no la representa ni le agrada. Por tanto, Elena llegará a hacer ciertas cosas que o no quiere hacer o no entiende por qué el resto de las alumnas está haciendo. Varios ejemplos se ven en el momento en el que sus compañeras, cada cierto tiempo, se obsesionan con una de las monjas y empiezan a perseguirla, a adorarla y a hacerle regalos. Este es un comportamiento que el colegio no tolera, ya que están prohibidas las amistades y más aún las denominadas “amistades especiales”, que se basan en las relaciones entre monjas y alumnas. Este es el tipo de comportamiento que la protagonista no llega a entender, pero, por seguir a las demás y no sentirse excluida, adopta la misma actitud. Otro ejemplo donde se da la misma situación es cuando las mismas alumnas se llegan a obsesionar con ciertas santas que murieron mártires muy jóvenes. Elena también les sigue la corriente, pero en realidad no comprende qué le ven a la santa. Debemos incidir en el hecho de que solo encuentra la paz en la soledad y el completo silencio, que solo se da en los momentos previos al sueño, en los de confesión o de oración. Es, por tanto, un hábito que podríamos relacionar con la religión, cuestión que desarrollaremos también en el punto 6.1.

Por tanto, vemos nuevamente un nivel de incompreensión abrumante en esta parte de la obra. Esta vez se da por parte de la protagonista hacia lo que está sucediendo a su alrededor y no a la inversa, como pasaba en su casa. Es de hecho por ese motivo por el que Elena imita el comportamiento de sus compañeras, es decir, no quiere sentirse un ser aparte como le sucedía con su familia.

Debemos incidir en una cuestión ciertamente importante, ya que una vez en el colegio, vemos que Elena es muy cerrada con sus compañeras y tampoco tiene intención de establecer una amistad con ellas: “La nueva vida me absorbió lo suficiente para que no sintiera deseos de comunicarme con mis vecinas, las cuales me inspiraban aún muy poca curiosidad” (2013: 67). Cabe añadir que esas relaciones estaban prohibidas y vigiladas por las monjas, pero las alumnas se las ingeniaban para evitar esas estrictas normas y tener amistades con ciertas compañeras. Esto es lo que pasa con Alicia, una compañera de Elena. Alicia hace todo lo posible para conseguir la simpatía de la protagonista, que desde fuera da cierta apariencia de dureza que impide que el resto se acerquen. Sin embargo, la persistencia de la niña consigue romper los muros de Elena y se establece una amistad. La conexión es tal que incluso se ven en los periodos vacacionales. No es de extrañar, por tanto, que la muerte de su amiga afecte de cierta manera a la protagonista, que no lo llega a exteriorizar. Esta cuestión causa una sensación de extrañeza por parte de sus compañeras, que se veían visiblemente afectadas, ya que conocían perfectamente la relación que tenían Alicia y Elena. Esta falta de reacción se comentará más adelante, en el punto 6.1.

Recuperando la cuestión de la incomprensión que también vemos reflejada en esta última idea, pero esta vez por parte de las alumnas hacia el comportamiento de la protagonista, debemos añadir que la incomprensión no se da solamente por parte del alumnado hacia Elena o del mismo personaje principal hacia el exterior, sino que también lo vemos por parte de la protagonista con ella misma. Cuando nuestra protagonista empieza a crecer y a formarse como persona, llega un punto en el que la abruman ciertas cuestiones existenciales, es decir, no comprende su cometido en la vida. Ni siquiera entregándose completamente a Dios, como veremos más adelante, consigue dar respuesta a sus dudas vitales.

Dentro de esta cuestión vemos un aspecto que desarrollaremos más adelante relacionado con la sumisión que desarrolla ante Dios. Es decir, cuando entra en el colegio, no trata la religión con seriedad, considera que va a aprender, pero a medida que va creciendo y evolucionando, la cuestión de la devoción se vuelve imprescindible en la vida de la protagonista. Este punto también se verá completamente en el punto 6.1.

Sin embargo, debemos añadir que su vida como completa devota acaba antes de salir del colegio, ya que, al no encontrar respuestas a sus dudas existenciales, deja de ser una alumna ejemplar y sus últimos años en el colegio se vuelven todo lo contrario a los primeros, los llega a comparar con un infierno, ya que se vuelve el objeto de crítica tanto

de las alumnas como de las monjas: “Finalmente ocurrió lo que yo más temía: dejaron de considerarme como a todas; pasé a ser la alumna distinta, la que exigía un trato aparte que se adaptara mejor a su anormalidad.” (2013: 103). Eso hace que recuerde los momentos en su infancia en los que pasa de ser una niña prodigio y objeto de elogio por parte de los padres y de los amigos de los mismos, como pasa con las monjas, a ser un objeto incluso de burla. Y, por tanto, es un aspecto que cala mucho en la personalidad de la protagonista, llegando a afectar en sus vivencias posteriores. Solo cuando sale de allí y empieza su vida como adulta, vemos cierto cambio en su actitud. Es de esta manera cómo acaba la segunda parte y se inicia la tercera: “El cuaderno gris”.

5.3. Diario en “El cuaderno gris”

Esta tercera y última parte se diferencia de las dos anteriores, ya que, como hemos mencionado anteriormente, la narración se da en forma de diario y, por tanto, vemos cierta actualidad y una voz más personal.

Esta parte tiene un tema principal: la relación que establece Elena con Arturo, un hombre que se le presenta en un determinado momento. Sí es cierto que al principio de esta parte se nos presenta la forma de vida de la protagonista una vez fuera del colegio, siendo ya una mujer. Al ser una mujer en edad casadera, pero no casada, sigue viviendo en casa de sus padres y hace vida con ellos, pero también, al ser una adulta, también hace planes con ciertos amigos, como María Rosa o Miguel.

En cuanto a esta última cuestión, debemos destacar el hecho de que Elena es una mujer dentro de su tiempo y, por tanto, se empiezan a dar más libertades para con las mujeres. Tienen ciertas libertades en el exterior, pueden realizar más actividades de ocio y las pueden llevar a cabo solas incluso. Estas cuestiones son criticadas por la familia de la protagonista, que, aunque parece cohibirse mínimamente ante estas opiniones, sigue poniendo en práctica sus libertades y, por ejemplo, sale al cine sola o sale con amistades masculinas, como Miguel, sin ninguna intención más allá de eso. Sí que es cierto, sin embargo, que hay ciertas actitudes por parte de sus amigos que son algo excesivas para Elena, como que María Rosa, estando casada, tenga *affaires* con otros hombres o que flirtee con Miguel siendo su amigo. Puede deberse a la actitud estrictamente religiosa y tradicionalista que ha tenido siempre su familia y también a la influencia del colegio, pero aun así no se escandaliza ante estos hechos, simplemente la extrañan.

Es una cuestión que se repetirá más adelante, una vez Elena ya no se encuentre en la ciudad, sino en Los Fresnos, donde veranea su familia. Es decir, María Rosa le escribirá de vez en cuando y, aparte de preguntarle las intenciones que tiene con Miguel, que no

son ningunas, pese a que Miguel piense y diga lo contrario, también le volverá a comentar las relaciones extramatrimoniales que suceden en su vida, hecho del cual la protagonista se volverá a extrañar. Esta cuestión también se acabará de desarrollar en el punto 6.2.2. Cabe destacar que esta incompreensión no se da de manera unilateral, ya que, nuevamente, la gente que rodea a Elena no comprende ciertas actitudes de la misma. Es decir, sí que se comporta como una mujer de su tiempo, liberada y liberal, pero consideran que se encierra en sí misma, cuestión que se repite desde la infancia, y no se abre ante los demás.

Como ya hemos comentado al introducir los periodos en las que se podía subdividir esta parte, sabemos que el primero se corresponde con la continuación de la vida de Elena, en la que sale del colegio y empieza su vida como adulta. En este primer periodo, vemos cómo le presentan a Arturo, un hombre ciertamente peculiar, pero con el consigue conectar de alguna manera. Esta conexión va más allá, pero se ve interrumpida por la marcha de Elena a Los Fresnos.

Seguidamente, una vez llegada a su lugar de vacaciones, empieza un periodo de carteos principalmente entre Elena y Arturo. En estas cartas hay grandes declaraciones, pero también cuestiones confusas en relación con expresión de sentimientos que la protagonista no acaba de entender. Por tanto, vemos que tanto la protagonista como su interés amoroso tienen en común tanto pensamientos como actitudes complicadas, una de las cuales ya conocíamos a través de la narración de las primeras etapas vitales de la protagonista.

Estos carteos se ven interrumpidos de manera intermitente por las múltiples visitas del hombre a la casa de veraneo de la familia de Elena. La protagonista empieza la narración de estos encuentros de manera explícita y detallada, pero a medida que estos se van dando, escribe menos profusa y frecuentemente. Esta cuestión es justificada por la misma protagonista y comenta que es debido a la constante presencia del hombre tanto en Los Fresnos como en su cabeza y, por tanto, tiene más en lo que pensar y ocupar sus actividades y ensoñaciones. Es decir, que su tiempo libre y las ocupaciones a las que se dedica en este, como dibujar y leer, que antes llevaba a cabo por interés personal, ahora se relacionan con Arturo, ya que dibuja retratos de su amado y lee libros que le ha dejado el mismo hombre, pero nada más allá de eso.

Por tanto, toda su atención se centra en una única cuestión. Debido a esto vemos un comportamiento repetitivo a lo largo del tiempo en cuanto a la conducta de Elena, ya que desde pequeña vemos que tiene ciertas hiperfijaciones, sobre todo con personas: en su infancia, personajes como su bañero o personas que conocía en sus vacaciones; en su

etapa en el colegio, con Alicia o con Dios mismo; y en esta última parte, con Arturo. Sin embargo, esta vez es una cuestión más exagerada, ya que, al ser adulta y tener más libertades, no hay nada que la coarte a la hora de actuar.

La emoción de Elena se acrecienta a medida que se acerca el momento de volver a la ciudad, ya que es allí donde se encuentra Arturo y donde sueña, de manera idealizada, que empieza su vida realmente. Es en este momento en el que el idealismo y el realismo chocan de manera brusca, ya que, una vez de vuelta, Arturo empieza a ignorar a Elena, sus mensajes y sus llamadas.

A partir de esta premisa, se establecen dos líneas de pensamiento y actuación. Por una parte, la que comparte la protagonista, que inocentemente considera que su enamorado ciertamente no tiene tiempo para dedicarle debido al constante trabajo y, por tanto, respeta durante un tiempo sus espacios y tiempos. Por otra parte, en cambio, que se corresponde con la que puede llegar a interpretar el lector, ya que se da de forma evidente e incluso la protagonista deja ver ciertos resquicios de duda y finalmente de convencimiento, que se basa en la pérdida de interés por parte de Arturo, que quiere vivir de manera libertina y sin atarse a nada ni a nadie.

Sí que es cierto que la actitud de este es criticable debido a que le había hecho promesas a Elena que no llega a cumplir, pero realmente no tiene ningún compromiso con la protagonista. En consecuencia, del distanciamiento constante por parte de su enamorado, nuestro personaje principal tiene actitudes reprochables, ya que Arturo establece unos límites y unos tiempos que, aunque también son ciertamente criticables ya que conocemos las verdaderas intenciones del hombre, Elena no llega a respetar. Es decir, se le pide que no llame, que no envíe cartas ni comunicados y que no se presente en el despacho sin previo aviso y sin que Arturo se haya puesto en contacto con ella previamente. No obstante, la protagonista no puede controlar sus instintos y se comunica y se presenta ante Arturo en varias ocasiones. Por tanto, vemos el descontrol que tiene Elena sobre sus propias acciones. Todo se debe a la actitud de completa sumisión que ha desarrollado la protagonista en relación a su enamorado y no puede evitar hacer todo lo posible por conseguir su atención y, sobre todo, su amor. Nuevamente, la cuestión de la sumisión se tratará más adelante, en el punto 6.2.2.

Finalmente, como se ha anunciado tiempo atrás, Arturo se marcha a París por trabajo y Elena se queda sola y sin ningún deseo más allá de esperar la vuelta de su amado, que, por otra parte, le ha dejado muy claro que no lo espere, que construya una vida sin tenerlo a él en cuenta. Esta actitud por parte de la protagonista también se explicará en el

punto 6.2.2., ya que se debe a la actitud sumisa que vemos constantemente en la protagonista.

Por tanto y para finalizar esta cuestión presente en la actitud de Elena, vemos que se da una evolución gradual pero drástica en cuanto a cómo se relaciona con su entorno. Es decir, desde un principio se nos plantea un carácter fuerte a la par que amante de la soledad, que es lo que podemos ver en su infancia y en su adolescencia. Sí que es cierto que, en el paso de la infancia a la adolescencia, en el colegio, vemos un cambio de actitud en cuanto a la fuerza de su carácter, ya que empieza un periodo transición a la sumisión, que encontraremos justificado más adelante y que también vemos reflejado en la relación que establece con Arturo. Además, con respecto a su enamorado también observamos una gran diferencia en el aspecto de la soledad, ya que pasa de desear estar sola a querer estar constantemente en compañía de su amado rozando la obsesión.

6. RELIGIÓN

En el presente punto también encontramos una de las cuestiones clave dentro del trabajo: la influencia de la religión en la vida de nuestra protagonista, Elena. Este apartado se dividirá en dos subpuntos: por una parte, la influencia en el carácter del personaje principal en las diferentes etapas de su vida y, por otra parte, cómo esta cuestión se refleja en sus relaciones interpersonales.

6.1. Influencia en la protagonista

En primer lugar, vemos que en la primera parte de la novela la religión no está realmente presente en la vida de Elena, ya que solo repite ciertas oraciones y se limita a seguir lo que dictan sus padres en cuanto a esta cuestión debido a que no entiende la espiritualidad y todo lo que conlleva como un adulto.

Este aspecto cambia cuando llega al colegio dirigido por monjas. De hecho, lo hace de manera gradual, pero es ciertamente drástico si observamos la entrada y, prácticamente, la salida de la protagonista. Por un lado, entra una niña sin conocimiento de las prácticas que se llevan a cabo en dicho centro y que no imagina cómo va a afectarle de manera personal. Por otro lado, tenemos a una adolescente a punto de entrar en la etapa adulta que ha conocido la más profunda espiritualidad y que se ha decepcionado con la ausencia de verdaderos resultados aplicables a su vida, sin motivación alguna.

En el momento en el que entra al colegio, empieza un proceso en el que va evolucionando poco a poco. Debemos mencionar un aspecto que podemos relacionar con ciertas actitudes que mantenía en su infancia. Nos referimos al hecho de encontrar la paz

en el silencio y la soledad, como ya veíamos que pasaba en su infancia, esto es, “No me costó ningún trabajo guardar el silencio obligatorio del que tanto me habían hablado en casa” (2013: 67). Por tanto, solo consigue completa tranquilidad en el momento en el que está sola o así se siente, como a la hora de dormir: “Aquella soledad me atraía, y me indigné cuando un primer ronquido me recordó sin ninguna elegancia que otras once alumnas compartían mi dormitorio” (2013: 68). En el colegio va más allá y concibe este estado de auténtica paz en el momento en el que se está confesando o se dan los rezos: “yo ocultaba bajo la apariencia de una fervorosa meditación el profano desfile de mis sueños” (2013: 65). Tanto es así que en una ocasión se queda sola en la sala debido a la ensoñación.

Durante sus primeros años, Elena se acerca de manera gradual a Dios y a la idea que le repiten constantemente de lo que supone su unión con el mismo. Hay varios momentos de crisis en los que Elena duda de su devoción y de la verdadera existencia de la deidad. Un episodio muy representativo es el del día de su comunión, que se da junto a todas las demás compañeras del curso. Esta duda se plantea en el momento en el que no la asiste una vez ha comulgado, se siente vacía y, sobre todo, sola, pero la protagonista se niega a abandonar la idea que tanto le había costado concebir y que tanto la había ayudado:

Luego cerré los ojos apretándolos bien, reteniendo la respiración en la espera anhelante de la felicidad prometida. Algo maravilloso iba a ocurrir: una voz inconfundible vibraría en mi alma, descubriendo el camino, señalando una ruta. Escuché inmóvil. ¡Qué profundo silencio! [...] Recé con ahínco, recalcando las frases, empeñada en suscitar “aquello”, en buscar algo que atenuase mi decepción. Era el día más feliz de mi vida, no quise dudarle; (2013: 77).

Más tarde, ese mismo día, Elena sigue reflexionando sobre el tema, ya que se ha vuelto imprescindible en su vida y se autoconviene de que Dios la acompañará, aunque ella no lo vea, ya que siempre estará presente en ella:

¿Y Dios? Iba a olvidarle; sin embargo, debía estar aún en mí. Mientras no volviese a pecar, Él me acompañaría, guiándome a cada paso, sosteniéndome. Una ráfaga de júbilo cruzó mi pecho apresurando mi respiración. ¿Sería Dios aquel escalofrío, aquel estremecimiento?” (2013: 79).

Más adelante, siendo nuestra protagonista un poco más mayor, vemos cómo se entrega totalmente a Dios, convirtiéndolo en el centro de su vida y de su pensamiento y entrando completamente en la mística, ya que Elena siente que ha entrado en contacto

con ese Dios al que tanto quiere y adora. Es más, lo considera mucho más que a las demás personas presentes en su vida, más que a su familia o a sus posibles amistades, ya que no la traiciona. Por tanto, vemos cómo se puede contraponer a la voluntad de soledad por parte de la protagonista que se nos plantea desde el principio, pero a la vez la presencia de ese Dios tan querido solo se da en estos momentos tan preciados por ella misma. De manera que vemos cuán importante es la figura para el personaje principal. Tenemos ejemplos en escenas cotidianas como: “Mis acciones de gracias transcurrían en una especie de éxtasis ajeno al rezo, donde vagaba sorprendida, creyendo perderme en la hondura de Dios. Mis efusiones místicas no trascendían a lo cotidiano; yo vivía en ellas sin comunicárselas a nadie” (2013: 92) o “¿Si alguien hubiera adivinado entonces la verdad de mis rezos! Yo pensaba en Dios, y esta vaga presencia sin límites envolvía en una atmósfera de peculiar misticismo mis más heterogéneas reflexiones.” (2013: 94).

La diferencia entre Elena y los verdaderos místicos se encuentra en el hecho de que nuestra protagonista quiere alcanzar ese estado para desaparecer, para no tener que sentir, no tener que ser, es decir, algo muy parecido a la muerte, cuestión que explica de la siguiente manera: “Yo anhelaba la quietud perfecta, el éxtasis; [...]. La unión del alma con Dios era la paz, el olvido; suponía el alejamiento del vivir cotidiano, la gracia incomparable del no ser...” (2013: 102).

A partir de esta última cuestión podemos plantear la verdadera duda que se implanta en el interior de Elena, ya que desconoce su destino en la vida y no sabe qué debe hacer una vez fuera del colegio. Desde determinado momento está convencida de que tendrá una vida completamente entregada a Dios y continuará en su camino como completa devota, pero la asistencia a un retiro espiritual que no le da respuestas supone el abandono de este camino: “Salí de los ejercicios rendida, sin haber visto claro en mí, sin resolverme en nada. [...] Si Dios turbaba así a sus criaturas y sus senderos no eran más firmes, ¿de quién me debía fiar? Todo se nubló en torno mío; comencé a hundirme en la soledad que hoy me rodea.” (2013: 103).

A partir de este momento vemos un cambio drástico en la actitud de la protagonista que repercute en el trato que se había tenido con ella hasta el momento, sobre todo por parte de las monjas. Es un tema abordado anteriormente y, por tanto, sabemos la manera en la que afecta este trato a nuestra protagonista. En relación a la cuestión anterior, es decir, el anhelo de la muerte, cabe destacar diversos puntos: por una parte, debemos tener en cuenta que este deseo está presente ya en su infancia, ya que nos comunica sus deseos de morir debido a que no es una niña feliz y considera que solo el silencio y la

soledad son agradables para ella e incluso le son indiferentes ciertas experiencias cercanas a la muerte. Por otra parte, debido a la idea de que la felicidad solo está presente en la muerte, llegamos a entender, como hemos mencionado anteriormente, la reacción de Elena ante la muerte de su íntima amiga Alicia. Es decir, como nuestra protagonista considera que la felicidad se consigue al morir, se alegra por su amiga porque ha conseguido lo que no tiene ella y de manera muy temprana. Es más, se alegra porque no sufrirá todo lo que nos depara el mundo terrenal. Lo vemos claramente en este pasaje:

Muchas colegialas se echaron a llorar; yo permanecí impassible, siendo la primera sorprendida ante esta dureza tan impropia de mi carácter. Alicia se había muerto; mejor para ella; presentí la paz que sin duda gozaba, y la envidié sinceramente. Dejar de ser, no sentirse vivir, no vibrar de impaciencia ante el tiempo que corre, defraudándonos, trayéndonos tan sólo la agonía de la espera... [...]; mi afán iba a la nada, al reposo en la tierra [...]. Cuanto más recordaba a mi compañera, más alegre me sentía.” (2013: 104-105).

De hecho, este descubrimiento que tiene en la adolescencia es una sensación que se repite durante toda su vida. Por tanto, la alegría y el deseo por la muerte es una cuestión que nunca desaparece del interior de la protagonista y, por tanto, vemos cuán importante es el desarrollo de la misma en el colegio. Se ejemplifica de la siguiente manera:

Lo peor es que ahora, cuando muere alguien que conozco, vuelvo a encontrar esa sensación remota que me libera de lo cotidiano, y en vez de excitar mis lágrimas iluminan mi semblante con una sonrisa de beatitud. He deseado morir tantas veces, que quizás bendigo en otros el don que me es negado. (2013: 105)

En el mismo colegio, debido a la entrega a Dios y a las ideas preconcebidas que les enseñan a las devotas, se desarrolla en las mismas una actitud completamente sumisa, sobre todo ante la figura de Cristo. Esta sumisión se muestra de diversas maneras, pero las más destacadas son las humillaciones y las prácticas que rozan el masoquismo. Estas prácticas tendrán un papel determinante en la protagonista, ya que la sumisión y las formas de humillación se seguirán dando en su juventud, aunque no de manera espiritual.

Tanto la humillación como las actividades masoquistas son llevadas a cabo por varias alumnas además de Elena. Es decir, este no es uno de los aspectos por los que la protagonista es incomprendida o tildada de extraña. Por una parte, tenemos las humillaciones, que se dan de manera colectiva y son todas ante Dios o la figura de Cristo. Estas prácticas hacen que crezca el misticismo dentro del personaje principal, aunque

sabemos que más tarde culminará de manera negativa. Tenemos un ejemplo de estas prácticas:

Pretendíamos, imitándola, ser una «pelota entre las manos del niño Jesús», y esas Navidades, sin consultarnos, en la comunión de medianoche, dispusimos nuestras almas para que sirvieran de juguete al Dios recién nacido. Todas esas prácticas infantiles, lejos de satisfacerme, ahondaban en mí, despertando afanes misteriosos y una sed que ningún manantial ha colmado aún (2013: 98).

Por otra parte, tenemos varias prácticas que se podrían asociar al masoquismo, ya que vemos que la protagonista disfruta con el dolor físico provocado por ella misma. Dichas actividades se relacionan directamente con el arrepentimiento ante los pecados cometidos, con el evitar las tentaciones y también son una forma de humillación ante la figura de Cristo. Estas formas de castigo no desentonarían de los procedimientos llevados a cabo por los miembros más devotos de la Iglesia si no fuera por el hecho de que sabemos que a nuestra protagonista le fascina esta cuestión desde la infancia. Siendo niña tenía un especial interés por las prácticas dolorosas y se nos hace saber que tiene ciertos deseos oscuros. Un ejemplo muy claro lo vemos en el momento en el que Elena consigue unas tijeras de costura y las observa con el deseo impetuoso de clavárselas en un ojo, solo por saber qué pasaría en ese momento, llegando a rozar lo grotesco:

Desde pequeña todo lo punzante me atraía: cortapapeles, tijeras, cuchillos, todo lo que podía clavarse o herir, me fascinaba. [...] mi abuela me encontró [...], absorta en la contemplación de unas tijeras. Con la mano erguida las aproximaba a mis ojos, acercándolas lentamente. [...] Estaba imaginando la sensación que me produciría clavándome las tijeras en un ojo. [...] Un deseo loco de clavarlas en mis pupilas me hizo estremecer, colmándome de voluptuosidad.” (2013: 85-86)

Por tanto, teniendo estos deseos desde una edad muy temprana, no es de extrañar que el personaje principal lleve a cabo varias prácticas donde el dolor es el protagonista. Tenemos varios ejemplos como el atarse en la cama para producir incomodidad al dormir o el enrollarse el rosario al brazo con tal fuerza a la hora de dormir que, al despertarse, lo hace con marcas profundas. No obstante, la más destacada es el uso de cilicios, objeto que solo las mayores y solo con un permiso especial podían usar. El cilicio es un objeto que se usa con el fin de causar dolor e incomodidad para evitar caer en las distintas tentaciones terrenales. En el caso de Elena, realmente no es por dicho motivo, sino por el ya mencionado de que disfruta con el dolor:

[...] me complacía tanto en ellas [mis mortificaciones], que olvidé más de una vez la intención ascética primitiva; bajo aquellas humillaciones voluntarias mi carne se sentía feliz... Recuerdo mi primer cilicio con la misma ternura que mi primer beso. [...] El dolor me excitaba; poco a poco fui apretando el cilicio hasta hacerlo casi intolerable. [...]; cada paso era una deliciosa tortura. Ponía el pie en el suelo temblando de curiosidad, precipitándome con ansia sobre el dolor esperado. [...] Por mi gusto, no me lo hubiera quitado. Agitaba mi carne un íntimo deseo de sentirse oprimida.” (2013: 98-99)

Una cuestión menor, aunque destacable, es la sexualidad, ya que vemos en Elena un interés desde la infancia, pero a su vez, en el colegio, una completa desinformación, ya que todo lo relacionado con este tema es considerado pecado: “Nos habían dicho que renunciar a Satanás era renunciar al mundo y a la carne, pero nadie nos explicó con exactitud lo que era eso” (2013: 78). Debido a esto, la protagonista, cuando tiene la oportunidad de informarse al respecto, decide que prefiere vivir en la ignorancia y no investigar más: “Aquellas frases me turbaron muchísimo [...]; un sentimiento confuso me impulsaba a no querer saber más” (2013: 90).

Sí que es cierto que vemos en el personaje principal una gran sexualidad, lo vemos en varias prácticas y pensamientos que lleva a cabo, pero en todo momento se relacionan con la espiritualidad y con Dios:

Esta imagen personal de Jesucristo se alzaba siempre ante mis ojos; llegué a sentir su presencia con tal ahínco que me vestía y me desnudaba como si alguien me estuviese viendo. Antes de dormirme cogía el Crucifijo de la primera comunión para cerrar los ojos abrazada a él. Cierta noche en que mi piedad exaltada exigía un contacto más íntimo, lo deslicé bajo el camisón, entre mis senos, que ya empezaban a doler y a abultarse. [...]; mi piel caliente se estremecía al roce metálico del Cristo. (2013: 92-93)

Sin embargo, en el colegio desarrolla una gran sensación de pudor. Debemos añadir que esta se empieza a inculcar en la infancia por parte de los padres. Este hecho se relaciona claramente con los valores impuestos por la Iglesia, los cuales sigue la comunidad católica. Por tanto, es una cuestión que se incluye en la sexualidad, la cual, como ya hemos dicho anteriormente, se considera pecado. Lo explica de la siguiente manera: “un pudor excesivo me hacía avergonzarme como de un pecado de esta curiosidad tan profundamente humana. Mi propia familia fomentó esta actitud cortando cualquier comentario que yo iniciara en ese terreno.” (2013: 91)

Como todas las cuestiones incluidas en la segunda parte de la obra, la idea del amor que concibe Elena en su adolescencia también se llega a relacionar con la figura de Dios. Esto se da en un momento en que la protagonista está en el culmen de su espiritualidad, en el que quiere alcanzar el misticismo. Por tanto, no es de extrañar que plantee el amor como un equivalente a Dios, pero no como una forma de amor puro, sino romántico, aunque no carnal. En consecuencia, tendrá en el futuro un concepto idealizado y no verá nada más allá. Lo vemos de manera clara:

[...] me empeñaba en sentir a Dios, en tenerlo, obligándole a tenerme también...; sólo el amor podría realizar un milagro: un amor que a mí se me antojaba único, pura esencia, sin derivaciones ni materializaciones posibles. En mi mente entonces el amor humano no existía; yo pensaba un amor con mayúscula, descarnada, con raíces de lirio ocultas en el cielo. (2013: 100)

6.2. Proyección en sus relaciones interpersonales

Este punto se basará principalmente en las interacciones que tiene Elena con su entorno durante la tercera parte de la obra, “El cuaderno gris. Esta es la parte más subjetiva de la novela y vemos lo que la protagonista permite, pero podemos apreciar perfectamente la cuestión tratada.

6.2.1. Amistad

En cuanto a las amistades que establece Elena una vez sale del colegio y empieza su vida como adulta, podemos destacar dos: Miguel y María Rosa. Ambos son muy diferentes a nuestra protagonista, ya que, a pesar de que ella es muy liberal, ellos lo son más, rozando el libertinaje.

Por una parte, Miguel es un hombre que tiene unas intenciones con el personaje principal que van más allá de la simple amistad, pero Elena no lo recibe de esta manera, ya que considera que es una persona muy divertida y con la que comparte el gusto por el arte, pero no lo considera para una posible relación. Sin embargo, una vez que la protagonista se encuentra de vacaciones en Los Fresnos, Miguel le envía varias cartas, aun sabiendo que Elena ya tiene un interés amoroso por otro hombre, con el que se cartea frecuentemente. Debido a esto, María Rosa, que sí que está interesada en Miguel, en un determinado momento, le pregunta directamente al personaje principal si tienen algún tipo de relación. Por tanto, vemos cómo Elena no acaba de comprender cómo funcionan las relaciones entre los jóvenes de su época. Es, nuevamente, una relación de

incomprensión por parte de la protagonista con el mundo exterior, cuestión que vemos planteada en su infancia y se acrecienta en su estancia en el colegio.

Por otra parte, la relación con María Rosa, debido también al gusto compartido por el arte y la pintura, le abre los ojos a Elena, de manera que ve que no solo hay un tipo de mujer en la sociedad. La protagonista solo conoce a las mujeres que han salido del colegio y, por tanto, siguen los principios inculcados por la Iglesia. Por tanto, el recato y la seriedad chocan con la libertad que el personaje principal ve en María Rosa. Como ya hemos explicado anteriormente, Elena es mucho más liberal de lo que consideran correcto en su casa. Sin embargo, debido a la influencia tanto de su familia como la instrucción estricta del colegio y pese a que la protagonista abandonara la espiritualidad antes de salir del centro, vemos diversos resquicios en la actitud liberal del personaje principal.

El más destacado es el relativo a las relaciones extramatrimoniales presentes en la vida de su amiga, conocidos como *affaires*, completamente normalizadas por la misma. Debido a la idea del amor único y para toda la vida que concibe la protagonista, no llega a comprender las acciones de María Rosa. Este amor único y eterno se plantea por primera vez ante Dios y es, por tanto, otra de las cuestiones que influyen en Elena debidas a su estancia en el colegio.

6.2.2. Amor

Dentro de este punto debemos hablar únicamente de un personaje: Arturo. Podemos hacernos una idea preconcebida de su actitud sabiendo que es amigo de Miguel y es por este que Elena y él se conocen. Sin embargo, al principio parece muy diferente de su amigo y muy parecido a nuestra protagonista y, por tanto, se da una atracción entre ambos.

Uno de los aspectos destacables dentro de esta relación se enlaza con la última tratada en el apartado anterior, es decir, la concepción del amor como uno que va a durar toda la vida. En este caso, la idea repercute de manera directa sobre la pareja, ya que no es compartida por ambos. Por un lado, tenemos a Elena, que sí lo plantea de esta manera y, por otro lado, tenemos a Arturo que al principio parecía estar de acuerdo con lo que sucedía, pero que más adelante, una vez ambos establecidos en la ciudad, deja de compartir esta idea, ya que pierde el interés en la protagonista, pero no se lo dice de manera explícita en ningún momento. Arturo le dice en varias ocasiones que continúe su vida, dando a entender que él no pretende estar en ella, pero aun así Elena insiste e incluso se humilla ante su enamorado.

En relación a esta humillación, nos encontramos con el aspecto de la sumisión, que vemos planteado por primera vez en su estancia en el colegio, donde se desarrolla rápidamente y cala en la protagonista. En este caso, observamos cómo se lleva a cabo esta práctica y cómo se establece una relación de sometimiento por parte de Elena ante Arturo. Si tenemos en cuenta el carácter fuerte que se nos exponía al principio de la novela, observamos el gran contraste que supone esta actitud por parte del personaje principal.

Se representa de manera que la protagonista decide que, aunque Arturo no la quiera y se marche sin tenerla a ella en cuenta, va a seguir siéndole fiel. Además, considera que el amor que ella tiene por él basta para sostener la relación y, por tanto, no necesita que la quiera. De esta manera, por una parte, vemos la humillación. Por otra parte, para ver la sumisión, solo necesitamos observar el carteo que se establece al principio de la relación, donde Elena en un principio no quiere ceder con facilidad, pero finalmente vemos que se desvive por Arturo. Es más, tiene la misma actitud una vez vuelve a la ciudad, ya que solo quiere estar en compañía de su enamorado y sigue, casi en todo momento, las instrucciones de este para sus encuentros. Acepta el secretismo, el que se aproveche de ella, consciente o inconscientemente, los lugares y las horas de encuentro, etc.

Finalmente, una de las cuestiones más importantes de este punto es el de la sexualidad dentro de la relación entre Elena y Arturo y esta se puede dividir en dos partes. Por una parte, nos encontramos con la cierta incompreensión por parte de la protagonista en relación al contenido de algunas cartas escritas por su enamorado, ya que no comprende qué es lo quiere o pretende. Esto se refleja en el futuro de manera que las intenciones de ambos no coinciden y, por lo tanto, vemos que no se han entendido desde un principio. Desde el principio, Arturo pretende mantener una relación carnal y próxima en el plano físico con Elena, pero esta tiene la creencia de que su enamorado quiere algo más allá, resultando en un conflicto más adelante.

Por otra parte, recogemos la idea de que ambos conciben la sexualidad de manera distinta, ya que Arturo es un hombre de su tiempo y, además, no quiere ataduras y no tiene la misma idea que Elena, que plantea el mismo tema de manera que es una unión que va mucho más allá. Por tanto, los encuentros sexuales de la pareja, que no se mencionan de manera explícita debido al carácter de diario de la última parte, se sienten de distinta manera. Por una parte, él la considera una pareja sexual más y ella, en cambio, lo ve como el inicio de su vida y como algo que los aproxima mucho como pareja. Tanto es así que podemos ver cómo conciben hasta la desnudez de manera distinta, ya que al

final, cuando Elena hace un último intento para mantener su relación con Arturo, ella se desnuda ante él. La cuestión planteada se da cuando el hombre solo la ve desnuda físicamente, como en los anteriores encuentros sexuales, pero ella lo que está haciendo es entregarse totalmente ante su amado. Por tanto, podemos sugerir la idea de que Arturo realmente se está aprovechando de la protagonista tanto física como emocionalmente.

En cuanto a esta idea, podemos recalcar que la importancia que le da Elena tanto al amor como a la desnudez son cuestiones que se plantean por primera vez en el colegio, ya que así se conciben desde la doctrina religiosa. Por una parte, tenemos el amor, que ya hemos explicado anteriormente y, por otra parte, tenemos la desnudez que podemos relacionar con el pudor inculcado en el centro y es por eso que Elena la entiende de una manera mucho más profunda.

7. RELACIÓN CON LA AUTORA

En el presente punto se plantearán dos cuestiones respecto a la relación que tienen con la autora de la novela, Ernestina de Champourcin. Por una parte, estableceremos conexiones entre la escritora y la protagonista y, por otra parte, se hará lo mismo con la religión.

7.1. Con la protagonista

La mención tan repetida de la autora es muy importante debido al hecho de que gran parte de la novela es autobiográfica. La primera y la segunda parte, correspondientes con “La cabellera del sol” y “María de Magdala”, son, prácticamente en su totalidad, un calco de la vida de la autora.

Se marcan ciertas diferencias entre la autora y la protagonista en el momento en el que esta última, es decir, Elena, sale del colegio, ya que los caminos tomados y los deseos de Elena y Ernestina son diferentes, aunque ciertamente similares. Elena decide seguir el camino del arte pictórico y Ernestina, como ya sabemos, sigue el camino de las letras, en el que destaca por su poesía. Por tanto, aunque no podemos establecer un paralelismo exacto, sí que vemos un parecido indiscutible.

Otra conexión que podemos establecer entre las dos mujeres se da en la actitud liberal de ambas, que no acaba de corresponder ni con la de su familia, por un lado, ni la de sus conocidos y amigos, por otro. Como ya hemos dicho, son mujeres de su tiempo y, por tanto, conciben como natural la libertad que empieza a conocer la figura femenina en ese periodo, pero debido a la educación recibida tanto en casa por parte de la familia como en el centro religioso en el que estudiaron, su actitud no es completamente liberal y no

coinciden del todo con la de sus colegas o amigos. Al principio del trabajo hemos planteado la cuestión del feminismo en relación con la autora y vemos cómo no está de acuerdo con el término, pero aun así tiene ideas y actitudes afines al movimiento. Por tanto, son mujeres que se contradicen por la influencia en su juventud.

7.2. Con la religión

En este punto debemos establecer ciertas cuestiones. Una de ellas se relaciona con el hecho de que la obra pertenece, como ya hemos dicho, a la primera etapa de la obra de Ernestina de Champourcin, ya que es anterior a la Guerra Civil. Por tanto, atendiendo a esto, sabemos que la religión no tiene la misma presencia en la literatura de la autora en sus dos etapas. En la primera no se da una seriedad tal con respecto al tema como podemos ver en la segunda, como ha comentado Quance (2015) al principio del trabajo. Sin embargo, empezamos a ver cierta espiritualidad en la autora, sobre todo en las consecuencias de la religión en la protagonista de la obra.

8. CONCLUSIONES

Una de las principales conclusiones a las que llegamos es que, efectivamente, la tradición cristiana y muchos de los principios que inculca quedan insertos en la conducta y la personalidad de Elena, pese a abandonar el misticismo y la espiritualidad, y lo vemos claramente en el establecimiento de relaciones amorosas, como hemos ejemplificado con el caso de Arturo.

Además, hemos concluido también que la protagonista es un personaje incomprendido por la gente que la rodea a lo largo de toda su vida, tanto por su familia, como compañeras, amigos e intereses amorosos debido al hecho de que su forma de pensamiento es muy diferente del resto. Solo consigue conectar con determinadas personas y solo de manera circunstancial, como vemos en el caso de Alicia o de Arturo nuevamente. Este aspecto de su personalidad ha sido clave en el desarrollo de la misma y la marcará de por vida.

BIBLIOGRAFÍA

BEZHANOVA, O. (2009). *La casa de enfrente: Ernestina de Champourcin's Contribution to the Genre of Female Bildungsroman in Spain. Letras Hispanas: Revista de literatura y de cultura*, 6 (1), 29-37.

DE URIOSTE-AZCORRA, C. (Ed.). (2013). *La casa de enfrente*. Renacimiento.

- ESTEBAN, L. (2021). Infancia y juventud de Ernestina de Champourcin (1905-1923). *Sancho el sabio: Revista de cultura e investigación vasca*, (44), 178-198.
- FERNÁNDEZ, R. (2008). Ernestina de Champourcin: una voz diferente en la Generación del 27. *Hipertexto*, (7), 18-37.
- GONZÁLEZ-ALLENDE, I. (2015). Reseña de *La casa de enfrente*, de Ernestina de Champourcin. *Revista de escritoras ibéricas*, (3), 154-158.
- QUANCE, R. (2015). Una nueva edición de *María de Magdala* de Ernestina de Champourcin. *Revista de escritoras ibéricas*, (3), 158-164.